

medieval, los tres momentos de la vida de Santa María Egipciaca, en dísticos enesilábicos. Quedan intactos el arcaísmo esencial, el ritmo del viejo poema, la objetividad metafórica. María Pecadora, María Asceta, Santa María, tres estampas sucesivas, exquisitos indicadores de páginas, dentro del libro primoroso.

María Pecadora: "Brazos y cuerpos y todo lo ál, —blancos, blancos, como el cristal". —María Asceta: "La barbilla y su griñón —semejan cabo de tizón". —Santa María: "Y fue maravillosa cosa, que de la espina brotó la rosa".

Al salir de Burgos, se lleva consigo para siempre la Catedral, joya diminuta en el recuerdo. Junto a la de México, complicada de melancolía, la de Burgos, alegremente hermosa, es juguete labrado que aprieta sobre el corazón.

IV. CRUCE DE ONDAS: GÓNGORA Y MALLARMÉ

II.—El primer libro de ensayos *Cuestiones estéticas*, es, usando una analogía mallarmeana, un cubilete —de fina plata de México esta vez— donde Alfonso Reyes guardó a los veinte años, los dados con que jugaría durante su vida artística. Sólo que sus golpes repetidos han logrado vencer al azar.

De ese libro parten dos ondas; empenachada de oro y sonoridad la una, vestida de niebla y melodía la otra, que se cruzan en un punto urgidas por el mismo delirio de perfección. Así entrecruzadas forman, ante Alfonso Reyes, un símbolo de arte tan asiduo, como el vital de la x de México, en que el esteta, más allá de toda razón filológica, ve un índice de inmensas direcciones cardinales, crucero del destino.

Jorge Cuesta, en sus certeras apuntaciones a la *Antología de la poesía mexicana moderna*, ha situado el arte de Alfonso Reyes en el cruce de esas dos ondas. Pero advirtiendo sagazmente que ellas han sido modelos más que influencias.

El lector culto podrá ir separando las lecciones estéticas que

Reyes derivó de ambas, las más valiosas, a mi ver, el mallarmeano procedimiento de alusión concentrada (recuérdense los pasajes que cité de *Ifigenia*) y el culto del vocablo que alcanza, en las últimas prosas del mexicano, perfección rara vez lograda entre nosotros.

12.—La Conferencia sobre la estética de Góngora, leída en el Ateneo de la Juventud de México en 1910, es contemporánea del libro de Lucien-Paul Thomas, iniciador de la nueva crítica gongorina. En esta conferencia se alza la voz de un adolescente hispanoamericano, anticipándose a las juveniles voces españolas del tricentenario contra "el hacinamiento de torpes juicios" que extraviaban la interpretación de Góngora. Él mismo conserva todavía conceptos erróneos: aceptar con Jáuregui, por ejemplo, como defecto central gongorino la carencia de idea y objeto poético. Pero adivina ya "la pureza artística, el anhelo de aristocrática perfección que hacen de cada uno de sus versos aislados, maravillas de belleza".

Su contribución a la exégesis de Góngora no ha cesado desde entonces. En su libro *Cuestiones Gongorinas* recogió todos sus artículos sobre Góngora, publicados en un período que abarca de 1915 a 1931. Sigue alerta hasta el estado actual de la cuestión gongorina, y en el número noveno de *Monterrey*, la sintetiza comentando las traducciones francesas de poesías de Góngora de Lucien-Paul Thomas. Ha editado pulcramente, en fin, *La fábula de Polifemo y Galatea*.

13.—El procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé preocupa también a Alfonso Reyes en 1909, según nos revela el ensayo así titulado en *Cuestiones estéticas*. Su juicio de Mallarmé es más ceñido que el que hiciera de Góngora un año más tarde. Verdad es que ya Mallarmé había tenido buen intérprete en Camille Mauclair y Alfonso Reyes cita las conclusiones de este crítico.

Define por cuenta propia el empeño mallarmeano como "anhelo sabio y meditado de hacer más directa la manifestación literaria". El espíritu de Mallarmé es, a su ver, cóncavo, "dispuesto como un espejo que se combara para acaparar todo el sol".

La estética de la expresión directa es lo que más conmueve a Alfonso Reyes en Mallarmé. Meditando acerca de este problema que gira alrededor de los ajustes y desajustes entre pensamiento y expresión lingüística, Alfonso Reyes vio al alma como antes la viera Mallarmé: melodía que hay que renovar, cada uno con su flauta propia, de individual manera.

En *Cuestiones gongorinas*, Mallarmé y Góngora aparecen al fin en cruce de ondas. El autor dice que había asociado ligeramente los nombres por 1909 o 1910. Resume ahora los términos del paralelo según la nueva crítica.

Fue Alfonso Reyes, cuenta Ortega y Gasset en la *Revista de Occidente*, quien ideó conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la muerte de Mallarmé con cinco minutos de silencio. El silencio *in memoriam* se cumplió en el Jardín Botánico de Madrid y asistieron además de Ortega y Gasset y, desde luego, Alfonso Reyes, Eugenio D'Ors, Díez-Canedo, Moreno Villa, José María Chacón, Marichalar, Bergamín y Bacarisse.

También en la *Revista de Occidente* —agosto de 1932— aparece una bibliografía de *Mallarmé en castellano* compilada por Alfonso Reyes, y acompañada de reflexiones personales.

Junto a las dificultades de toda traducción, hay en Mallarmé, dice Alfonso Reyes, tal asimiento de la poesía a la palabra, que es casi imposible cambiarle túnica. Mas ve en el audaz intento testimonio de probidad literaria.

Incluye en este trabajo sus traducciones de poemas de Mallarmé, precedidas en cada caso de una introducción: bello comentario interpretativo, confesión de pecados y disculpas, enunciando, en suma, una técnica de traducir con justeza.

V. ONDAS DE AMÉRICA

14.—Comprende esta fase de Alfonso Reyes lo más conmovido y trascendental de su obra. Por su esencia orientadora, por su no-

ble visión conciliativa, por su belleza, más lograda si cabe, que en ninguno de sus otros caminos.

América es el punto de referencia más continuo en este pensador: recojo solamente las ondas más henchidas de valor estético. Entre ellas conviene distinguir las que son americanas por el tema, y las que lo son porque fueron escritas pensando en los destinos de América.

15.—De estas últimas, la más bella a mi ver es el *Discurso por Virgilio*. El segundo milenario de Virgilio fue celebrado en México por acuerdo de la Nación. Alfonso Reyes hizo de este acto de latinidad asunto de reflexión “sobre el motivo que debe regir nuestra alta política y sobre nuestra adhesión decisiva a determinadas formas de civilización, a determinada jerarquía de valores morales, a determinada manera de interpretar la vida y la muerte”.

El discurso es un alegato tan sabio a favor de las aguas latinas que nos bautizaron, un llamamiento a mirar nuestros problemas con tan noble universalismo, que no sé cómo su repercusión no ha sido en la América hispana tan cabal, como lo fue, en su oportuno instante, el *Ariel* de Rodó.

Sobria y nítida es la envoltura del discurso; austera su intención, aunque velada por la actitud sin énfasis, siempre de espaldas a la oratoria.

Distribuidas desde el Río Bravo hasta la Patagonia, estas páginas señalarían a los estudiantes el blanco más alto a qué disparar; a los que actúan ya en el escenario cívico, sugerencias eficaces; a los viejos, que es posible entre nosotros una granazón cultural humana, que por lo mismo, ha de ser más que nunca de América.

Recibimos la substancia latina a través de España —piensa Alfonso Reyes— pero no somos los únicos recipientes de esa herencia. Los mismos pensadores británicos aceptan lo fundamental latino en su formación nacional. Nuestra pedagogía debe acentuar las Hu-



manidades desdeñadas en los últimos tiempos, para "fortalecer el corazón mismo de la enseñanza, que es el que ha de lanzar su sangre a los extremos del cuerpo". Y los extremos no son otros que las escuelas rurales, populares y de oficios primos.

Sabe que el latín debe ser estudio de izquierdas; quiere las humanidades como vehículo de lo autóctono. Y como esta denominación es, en la América nuestra, tan mal entendida, pasa a definirla como fuerza instintiva inevitable operando aun contra los propósitos del artista; y, en sentido más concreto, como la materia prima que poseemos en objetos, formas, colores, sonidos. Esta materia ha de incorporarse al flúido de una cultura, sazónandola. Y la única cultura a que podemos asirnos sin error es la latina. El espíritu mexicano, ha dicho Alfonso Reyes, "está en el color que el agua latina, tal como ella llegó hasta nosotros, adquirió aquí, en nuestra casa, al correr durante tres siglos, lamiendo las arcillas rojas de nuestro suelo".

Toda educación nacional exige una jerarquización de estudios, y no podemos eliminar el latín, "por mal entendida piedad para los analfabetos, que antes y ahora, han abundado en la tierra". Igualar hacia arriba es el ideal a seguir.

La lectura de Virgilio cultiva en todos los pueblos el espíritu nacional. La lengua de Virgilio, por estar en el origen de la nuestra, ejerce en ella actividad interna que se resuelve "en calorías de alimento espiritual". Ve latir el espíritu de Virgilio en la política agraria de México. En las escuelas agrícolas y en las primarias, las *Geórgicas*, en versión española, despertarían la vocación del campo, que es para él la vocación de la patria.

No es preciso insistir demasiado en la topografía como condición absoluta del ser. Ni en la fórmula de la psicología de los pueblos. La humanidad se matiza, indudablemente, por la geografía. Mas con este dato único no podemos trazar la historia del pensamiento moderno. La intercomunicación humana, nivela, en mu-

cho, a la geografía. El módulo de nuestro instante es la vibración universal.

La hora de América, de que hablamos hoy, no es la que ve Waldo Frank en el hundimiento de una Europa apolillada y el florecer de una América llena de virtudes. Alfonso Reyes, más juicioso, define esa hora como apenas la llegada de América al dominio del utensilio europeo; momento además —y así también nuestra hora— de crisis de la riqueza en que nuestro continente, al salir mejor librado, conquistará la predilección de la fortuna.

En el crisol de la historia se prepara a América una herencia incalculable. Lo que ha de salir no será oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nuestros sucesores dependerá el que ello pueda llamarse, en la historia, americano.

Acoger todas las conquistas, elaborarlas sintéticamente, es la conducta de americanos que se nos impone. Partimos del espíritu de latinidad, continente eficaz de culturas. Sea él vehículo y punto de referencia de nuestros varios elementos. Y, confiadamente, Alfonso Reyes lanza estas palabras, oportunas para nuestro ex-libris o blasón: "En buena barca bogamos: ¡haya tormentas!".

La lección de las *Geórgicas* se resuelve para México, para toda la América hispana, en una fórmula patriarcal: las crisis nacionales tienen su alivio en el agro. Tras las luchas interiores, la política agraria sanará las desgarraduras aventando nuevas semillas vitales.

16.—Rumbo a Goethe encuentra también a América. Estudió la simetría en la estética de Goethe en sus *Cuestiones estéticas*. Del centenario goethiano son las reflexiones publicadas en la revista *Sur*. Una parte de ese ensayo se titula *Desde América*. América contemplada a través de la atmósfera de Goethe, como antes la miró a través de Virgilio.

Si Virgilio es la tierra democrática, la base horizontal, Goethe es la perpendicular, la torre. Lo que importa no es precisamente

imitarlo —aunque lo deseemos— sino verlo como ejemplo. La misión de Goethe entre nosotros es la del faro, dar rumbo. Sus emociones universales pueden, además, repercutir en la literatura de América, lo han hecho ya, matizándose de mexicanismo en *la noche rústica de Walpurgis* de Manuel José Othón.

Como Virgilio, Goethe tiene para nosotros su lección: estrategia de movilizar todas las virtudes; suma y adopción de nuevos valores como sistema.

A propósito de Goethe, Alfonso Reyes piensa que sería curioso averiguar si hemos tenido en América espíritus goethianos. Recuerda a José Enrique Rodó, que lo sería más justamente sin las morbideces a lo Renan. Pero el propio Alfonso Reyes ¿no es un espíritu goethiano? Su sed estética, su pugna por adueñarse de sí, su serenidad, compendio de todas las inquietudes, su ascender armonioso a planos expresivos más perfectos ¿no son, en suma, rasgos de la familia de Weimar?

17.—Y ahora, oíd. Llegamos a la obra más bella de Alfonso Reyes. La que resume mejor todas sus excelencias de erudito, de artista, de maestro de la lengua: *Visión de Anáhuac*. Vuelve de la erudición —de Ramusio, del Códice Vaticano, de Bernal Díaz, de Gómara, del Conquistador Anónimo, de las Cartas de Cortés —y trae, seleccionadas y cernidas por su intuición artística, la emoción de la historia, la del paisaje, las citas capturadas hábilmente por la substancia estética de ellas derivable.

El artista manipula todo esto con la noble gracia de los artesanos de su tierra, cuando decoran pieles o plata con finas grecas o pequeños geroglíficos henchidas de alusiones. Sólo que estos artífices ignoran muchas veces el contenido de los símbolos que utilizan. (El que labró mi portafolios se sorprendió cuando le dije que los ojos esquemáticos distribuidos por él en su dibujo, como simple motivo ornamental, eran el jeroglífico de las estrellas) Alfonso Reyes, en cambio, sabe a conciencia todos sus jeroglíficos.

Visión de Anáhuac reconstruye en un plano estético la civilización enmarcada en la meseta central de México en 1519, cuando Cortés trepó con los suyos el cinturón de montañas que la custodian. Los temas van ordenados así: la naturaleza de Anáhuac, la ciudad de Tenochtitlán —templo, casas de los señores, calles, mercado, habitantes, fausto de la corte de Moctezuma, obsesión indígena por las flores, la poesía; posición de Alfonso Reyes ante el pasado que evoca.

El autor describe la naturaleza, mirando las estampas que ilustran la obra de Giovanni Battista Ramusio *Delle Navigazioni et Viaggi*, publicada en 1550. Este pasaje es el mejor ejemplo de la manera como Alfonso Reyes transforma la erudición en arte.

Los datos vegetales de las estampas le guían en la descripción: “La biznaga mexicana —imagen del tímido puerco espín—, el maguey, que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los órganos paralelos, unidos como las cañas de flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal —semejanza del candelabro—, conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos —todo ello nos aparece como una flora emblemática y todo como concebido para blasonar un escudo”.

Sobriedad categórica que le impone una analogía y un contraste Castilla: “El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Los sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por más que en vez de colinas la quiebran enormes montañas) donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el Valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que la una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundez.

“La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el pai-